

ALVIRA, Tomás y MELENDO, Tomás: *La fe y la formación intelectual*, Col. NT Religión, 141 páginas, EUNSA (Pamplona 1979).

Es éste un libro breve, que no pretende ser investigación teológica sobre la fe, cuajada de citas y aparato crítico. Tampoco se trata de un libro de divulgación, aunque lo leerá sin dificultad cualquier universitario, pues la entraña del libro es sorprendentemente novedosa y presenta unos horizontes intelectuales atrevidos, poco usuales entre los volúmenes de "teología para laicos" que ofrece el mercado.

Un primer vistazo al Índice, revela ya las líneas de lo que podría ser una breve "fisiología" de la vida intelectual centrada en la energía de la fe. Razón y fe son contempladas, en verdad, no abstracta y artificialmente, sino que vienen a ser analizadas como fuerzas que operan en la vida de seres concretos.

El primer capítulo, tomando el toro por los cuernos, supera los bizantinismos sobre la compatibilidad fe-razón, en su mismo título valeroso: "La fe, principio de formación intelectual".

Al crecimiento en la fe viene dedicado el capítulo II; catequesis, enseñanza de la religión, la teología y la misma vida moral que determina ese crecimiento en la fe, son los cuatro temas que afronta

Los restantes capítulos analizan positivamente en la adquisición, construcción y transmisión de los demás saberes humanos (cap III); pero las concretas situaciones intelectuales que se dan en el hombre también inciden decisivamente en la vida de fe (cap IV)

El secreto del indudable atractivo cristiano de este libro quizá pueda ser el espíritu que lo alienta: espíritu de fe. Y es que —cabría decir— no basta con tener fe; además es preciso tener fe en la fe. La peculiar índole del espíritu permite que un fenómeno intensamente vivido se reduplique al ser revivido como reflejo; así, al querer intensamente a algo o a alguien, además de quererlo, se quiere quererlo. También cabe tener fe en la fe, en sus potencialidades y virtualidades expansivas. Esta reduplicación de la fe es uno de los signos de la fe viva.

A lo largo de las páginas de esta obra, asistimos a un ver-

BIBLIOGRAFIA

dadero despliegue de la fe viva. Una fe que busca crecer en extensión e intensidad, hasta informar todo el ser y obrar del hombre. Y, dado que la fe se enraiza primariamente en el entendimiento, debe ser el entendimiento —y *lo entendido*: la visión del mundo, la cultura y la ciencia— quien se beneficie antes de esa luminosa expansión de la fe.

El desarrollo intelectual de la fe viva nunca es un proceso devastador: ni anquilosa ni mixtifica la vida natural, propia, de la inteligencia. La fe es, en verdad, un *injerto* divino que se suelda y se une con la vitalidad natural de nuestra mente para “atraer a sí toda la savia del organismo y hacer que produzca frutos de calidad superior” (p. 74).

El impulso vital propio de la fe —que es un principio de cariz intelectual— aporta al intelecto un *plus de luminosidad*. La fe no es, finalmente, oscuridad, sino luz y *más luz*, en cuanto proporciona la capacidad de alcanzar más verdades y con más firmeza.

Para apreciar el alto valor de la fe, es preciso no haber perdido la guía de uno de los más comunes principios del sentido común, que reza así: es más interesante el resultado que el proceso; sólo porque se busca un fin, se quieren también los medios. Si esto es así, ¿por qué rechazar la fe si enriquece al hombre con verdades?

A través de *la verdad* se comunican fe y razón; en la piedra angular de la verdad se

apoya la expansión intelectual de la fe. Y son los hombres enamorados de la verdad quienes resultan sujetos aptos para tal expansión. En un verdadero amante de la sabiduría, la fe puede ser sustancia y “fundamento de todo el edificio espiritual” (S. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sent.*, d. 23, q. 2, a. 1, ad 1).

En el conglomerado de contenidos intelectuales es la fe el principio de suyo más poderoso en orden a suscitar armonía, jerarquía, claridad. Esa jerarquía que resulta indispensable para caracterizar la auténtica *formación intelectual*, situada más allá de las meras técnicas del razonamiento o de la escueta y seca erudición.

Bajo la dirección de la fe, los inquilinos del intelecto dejan de ser “un conjunto monótono de nociones y adquieren una nueva dimensión: las verdades se subordinan entre sí” (p. 131). Al jerarquizar sus objetos, la mente ha ganado profundidad, penetración, autoconciencia. Y porque no concede la misma carta de ciudadanía a un rumor periodístico, a una hipótesis biológica o a un artículo de la fe, es capaz de ese discernimiento que asegura un máximo rendimiento veritativo a la hora de adquirir nuevos conocimientos. Los datos que la mente va recibiendo ya no la abruma ni la desorientan, pues encuentran *su sitio*.

Desde este momento, es posible “recorrer con provecho el camino desde los datos hasta las ideas que las iluminan y desde los principios hasta las expresiones concretas que los mani-

fiestan" (p. 134). Es salvable, por tanto, ese abismo —tan atrozmente presente en tantos de nuestros contemporáneos— entre teoría y vida, entre los buenos deseos y las obras. Además, sólo será posible resolver los grandes problemas de cada época si se afrontan *desde la fe*, porque "dar solución a los problemas humanos —sean especulativos o políticos— implica ahondar, trascender las causas inmediatas, conectar las cuestiones de tipo científico o técnico con sus causas últimas" (pp. 135-136).

La fe está llamada a influir decididamente en los problemas de la cultura y de la ciencia; pero quienes deben canalizar esa influencia no son los teólogos, sino los cristianos que profesionalmente se dedican a esas labores intelectuales. Los puntos en que la fe se engarza en la cultura son las personas singulares, verdaderos sujetos y creadores de la vida del espíritu (cfr. cap. III: *La fe en la adquisición y transmisión de los saberes*, pp. 66-84). Se trata de que esos profesionales adquieran "el hábito de trabajar científicamente desde la fe. No significa esto poner a la verdad revelada como principio de las conclusiones del saber natural, pero sí tener en cuenta el sentido que imprime a los trabajos intelectuales y los confines que señala" (p. 75).

La fe estimula la mente, revelándole el sentido más hondo —la finalidad última— de las realidades que maneja, orienta su actividad sin interferirla, de modo que obtenga resultados

más plenos y evite con rapidez los errores.

De todo lo dicho, se vislumbra también la indudable incidencia de la formación intelectual sobre la misma fe. Vida intelectual y vida de fe tienden a un mismo fin: engendrar la auténtica madurez intelectual que permita al hombre obrar con plenitud.

Ha madurado la mente humana que ya *sabe situarse* y ha encontrado el lugar y la misión que le corresponde. Respeta, entonces, sus peculiaridades específicas, reconociendo que su misión es "descubrir, no crear; o mejor, recrear dentro de sí las propiedades del universo todo" (p. 126). No rechaza sus limitaciones personales y acepta, en ocasiones, su ignorancia o poca capacidad, admite que no todos los objetos que trata gozan de la misma certidumbre, que algunos le superan; pero no por ello impugna su veracidad. Advierte que sería infantil pretender la misma claridad al demostrar un teorema matemático que al investigar los resortes de la vida animal o al enfrentarse con el abismo del alma humana encerrado en un "tú" enigmático.

La vida de fe se asienta en mentes sanas, maduras. Y, al injertarse en ellas, viene a ser el ápice y corona de esa inicial sensatez.

Por eso mismo, las deformaciones intelectuales que enferman las inteligencias, resultan ser también los diques que se oponen a la expansión vital de la fe. Gran parte de los parási-

BIBLIOGRAFIA

tos eidéticos que agostan la teología contemporánea, se habían incubado ya desde fuera del quehacer teológico.

Entre esas deformaciones predominantes pueden referirse tres: racionalismo, formalismo, historicismo.

Y ante todo, *el racionalismo* que debilita la radicalidad del ser y lo escamotea bajo el sucedáneo de *ser para mí*. Se manifiesta este vicio intelectual en un excesivo encarecimiento de la actitud crítica, crispamiento desconfiado de quien no puede *descansar* en verdades; se manifiesta igualmente en el amor inmoderado de hipótesis y de interrogaciones, sin la sana ambición de consumir su inquietud en respuesta alguna. La mente angustiada del racionalista no puede soportar el peso de la verdad libre y autónoma que crece fuera del control de su estrecho rasero racional.

Tampoco resulta infrecuente advertir por doquier los varios síntomas del *formalismo*, un lógico corolario del racionalismo. Es rabiosamente formalista el culto idólatra del *método*, que absolutiza como un fin lo que debiera estar instrumentalmente subordinado a la verdad: ¿acaso van a ser verdaderas las cosas por estar metódicamente controladas? ¿No habrían más bien de medirse los métodos por las verdades que de hecho proporcionen?

El formalismo conduce a menudo a la escabrosa situación de quien se dedica a jugar con fuego ignorando la naturaleza de la materia que maneja, porque

“la pone entre paréntesis”. Juega con fuego el teólogo que “para una mayor precisión y objetividad” se transforma en “creyente provisional”, o el docente neutral que expone con idéntico entusiasmo verdades y errores, o el científico que excusa su connivencia en una labor altamente nociva para la Humanidad con pretextos de asepsia investigadora.

Por último, se encuentra popularmente difundido un fatal prejuicio *historicista*, que descalifica *a priori* la vigencia de cualquier verdad descubierta en el pasado. El virus historicista convulsiona epilépticamente la mente y el ser mismo del hombre, que se ahogan en el flujo incesante del devenir. Si alguna enfermedad paraliza la actividad intelectual, no es otra que esa inconstancia, continua mutación de las verdades al sesgo de los tiempos. Pues un saber de solas verdades mudables es lo más semejante a la mayor de las indigencias. La constitutiva provisionalidad que el historicismo insufla sobre la verdad es auténtica herrumbre que la roe y disgrega. Faltas de su natural alimento, las inteligencias se empobrecen, olvidan sus derechos fundamentales —el derecho a la verdad— y acaban por no saber nada de nada, mientras fluyen en un río de opiniones al paio de fuerzas extrañas.

Estas son algunas de las ideas motrices recogidas en este libro, cuya claridad y enjundia, permiten augurarle una muy amplia difusión.

J. M. ODERO